

Charlas con María

Las luces del cielo atacan al abuelo

- ¿Hay luces en el cielo, abuelo?

- Claro, María. Hay muchas luces que los aviadores conocemos muy bien. Primero empiezan las luces amarillas y rojizas de la puesta de sol, que a veces se convierten en un horizonte incendiado en rojo como si detrás hubiera un inmenso fuego. Después se hace de noche y todo se vuelve negro, menos las estrellas que unas veces brillan fijas y otras producen ligeros destellos. ¿Has visto tú las estrellas? Son bonitas ¿verdad?. Pero no has visto cuando algunas estrellas se aburren de estar siempre en el mismo sitio y salen corriendo y cruzan el cielo; se llaman estrellas fugaces.

Tampoco has visto una aurora boreal. El abuelo ha visto una durante un vuelo hacia Canadá. Es preciosísimo, como si fuera un castillo de fuegos artificiales. ¿Te acuerdas de hace unos días cuando estuvimos viendo los fuegos artificiales?. Bueno, pues mucho mayor. Ocupa todo el horizonte en una cascada de varios colores rojos, amarillos, verdes y azules... No, no te puedo llevar a ver una, está mucho más allá de la Sierra y además no se sabe cuando se va a producir.

De noche también se puede ver una "estrella" con destellos rojizos que se llama Marte.

Y llega el amanecer con un horizonte que empieza a ser gris oscuro y, luego cuando se difumina, se vuelve gris claro y aparecen tonos naranja y luego una franja de plata y un destello de luz cuando empieza a salir el sol. Este inolvidable espectáculo lo anuncia el planeta Venus, que aparece alto en el horizonte lanzando destellos de colores; mucho mayor que una estrella, parece un faro celeste con ráfagas de alegría.

¿Qué cuándo atacan las luces al abuelo? Pero, vamos a ver, María, ¿a quién quieres más a las luces del cielo o al abuelo?

¡Eso está bien!. Te agradezco ese amor ciego, porque la verdad es que las luces del cielo son más hermosas que el abuelo.

El abuelo iba volando una noche, desde la isla de Santo Domingo a México... Eso está muy lejos, por donde se pone el sol; pero muy lejos, en un sitio muy bello que se llama Caribe.

¡Sí, mucho más lejos que el Mac Donall! El vuelo era muy tranquilo, se respiraba paz. Como allí no hay contaminación, el ambiente es más puro y el cielo parecía de terciopelo negro salpicado de grandes estrellas con brillo de plata. Todos los relojes de cabina marcando lo que debían y los motores seguían con su ruido armónico, era el momento en que el aviador se siente feliz y contento con su profesión y se dedica a contemplar el hermoso panorama y a reflexionar sobre el universo.

Mira, María, comprendo que a veces me pongo algo pesado, pero es que tú no quieres otra cosa que no sea que me ataquen las luces. A partir de ahora, no me interrumpas, porque voy a estar muy ocupado.

La paz fue rota por el copiloto que, con voz neutra, dijo: "aquí, por mi lado, hay una estrella muy rara". Me asomé por su ventanilla y, efectivamente, allí había un disco metálico de color blanco metálico y mucho mayor que una estrella. Regresé a mi asiento porque el disco ascendía por el cielo y ya era visible desde cualquier lado de la cabina y aumentaba de tamaño. "Es un OVNI" - dijo el Mecánico de vuelo - y se sentó en su puesto. Cuando tuvo el tamaño de un plato sopero, era evidente que venía contra nosotros y teníamos que huir. Al llegar al tamaño de una ventana, dije: "Preparados para un descenso de emergencia".

Había que parar los cuatro motores, quedarnos sin presurización, poner al avión con el morro apuntando al suelo y perder cinco mil metros de altura en un minuto. Era una emergencia muy ensayada en los entrenamientos y cumplimos los pasos previos: todos nos atamos bien a nuestros asientos, nos pusimos las máscaras de oxígeno; el copiloto avisó al pasaje y puso el letrero de "cinturones"; el mecánico de vuelo preparó la despresurización y el abuelo, con las manos sujetando los mandos de los cuatro motores, se encontraba en ese par de segundos en el que un comandante tiene que tomar una decisión grave, sin más elementos de juicio que sus conocimientos y experiencia, mientras está presionado por la actitud de la tripulación que espera, con tensa inmovilidad, las órdenes para actuar sin duda de ninguna clase. El abuelo esperaba con ansiedad el momento justo para evitar la colisión.

"Se ha parado" - se oyó una voz como un susurro en los auriculares de la máscara. Era cierto, la cosa que ya era de un tamaño enorme, parecía detenida y su brillo disminuía. Esperé un segundo, y empezó a abrirse un agujero en su centro y, de repente, sin darme tiempo a pensar ni actuar, se convirtió en un círculo que abarcaba todo el cielo y nuestro avión pasó por el centro sin moverse.

¿Cómo dices? Espera que me recupere del susto. ¿Dices que si pasé miedo? Claro, muchísimo. El abuelo es fuerte y poderoso pero, es un ser humano con su corazoncito. ¿Te ha gustado mi cuento? ¿Sí? Eres una niña muy buena y yo te quiero mucho. ¿Qué no te he dado los dulces? Perdona, con la emoción se me había olvidado. Es algo que siempre nos pasa a los viejos. Te daré doble ración.

G. de Alvaro

"... el momento en que el aviador se siente feliz y contento con su profesión y se dedica a contemplar el hermoso panorama y a reflexionar sobre el universo."

Saboree la auténtica horchata



HELADERIA
HELADOS ARTESANOS
La Ibense
Fundada en 1.912

Feliz Feria 2007

Plaza de Héroes de España Tlf.: 952 681 188 Paseo Marítimo Telf.: 952 676 013

CHUFA DE VALENCIA
HORCHATA DE CHUFA DE VALENCIA
Registro Sanitario n° 280119-ML

DESDE LA DISTANCIA

La batalla de las abejas

En los siete largos años de mi permanencia en el Ejército tuve ocasión de presenciar e, incluso, participar en bastantes hechos, de los cuales no creo que exista hoy algún documento gráfico que lo acredite.

Corría el año 1954, siendo Alto Comisario y Jefe del Ejército en Marruecos el General García Valiño y Jefe de la Circunscripción de Alhucemas, el General Gotarredona Prat (que dirigió el ejercicio) cuando se celebraron las habituales maniobras del mes de Julio, que se iniciaron en los alrededores de la confluencia de los ríos Guis y Nekor; duraron una semana y los dos últimos días nos trasladamos andando hasta el poblado de Izmoren, donde se estableció el campamento base. El último día hubo un ejercicio de fuego real, cuyo objetivo era la toma del monte Tamasint.

Primero batiría la artillería el monte con todas sus piezas y luego avanzaría la infantería para conquistarlo. La artillería se componía de piezas de distinto calibre, los de mayor era un grupo de obuses de 155 mm.

Nuestro Grupo de Regulares nº 8 formaba el ala derecha del dispositivo de ataque y empezaron los problemas: Al desplegar las fuerzas, una sección de ametralladoras se instaló unos dos metros por delante de dos montículos de barro de unos dos a tres metros de alto, semejantes a nidos de termitas. El capellán que me acompañaba me avisó de que esos montículos eran dos gigantescas colmenas de abejas silvestres y que consideraba un peligro poner las ametralladoras tan cerca, pues, con toda seguridad, en cuanto éstas empezaran a hacer fuego, las abejas se asustarían y las consecuencias serían imprevisibles. Lo comuniqué al Teniente Coronel lo que me había dicho el capellán, pero no le dio importancia.

Un momento antes de iniciarse el fuego de artillería un oficial de la Plana Mayor, con un conocimiento claro de la situación de las piezas, nos tranquilizó diciendo: "Afortunadamente estamos en la desenfilada de todas las piezas". Nada más decir esto, se escucharon unas fuertes explosiones a nuestras espaldas y al momento sentimos el silbido de proyectiles que, por su tamaño, vimos pasar sobre nuestras cabezas: eran los obuses del 155, que quedaron cortos, explotando tan cerca de nosotros que varios cascotes de metralla llegaron hasta donde estábamos. Al comprobar donde habían caído los proyectiles, inmediatamente, se corrigió el tiro.

Las abejas al sentir estas explosiones, empezaron a estar nerviosas. Su zumbido fue en aumento. Pero al empezar a disparar las ametralladoras y sentir las explosiones tan cerca salieron de las enormes colmenas en tal cantidad que me recordaba las películas de dibujo y se lanzaron sobre los servidores de las máquinas, produciéndose una desbandada de toda la sección con su teniente al frente. Fue una vergonzosa derrota, y ante esta desenfadada huida, uno de los oficiales de la Plana Mayor quiso echar mano a la pistola diciendo que era una clara desertión ante el "enemigo". El capellán y yo nos habíamos refugiado debajo de una frondosa higuera que nos dio cobijo mientras duró el ataque, aunque yo sufrí dos picaduras y el sanitario que iba conmigo, ocho o diez.

Acudí donde estaban las bajas ocasionadas por el "enemigo" y atendí a varios soldados españoles con el rostro tremendamente desfigurado por el edema de las picaduras, algunos al borde del shock, por lo que ordené su traslado inmediato al Hospital de Villa Sanjurjo (hoy Al-Hoceima); atendí a otros soldados, marroquíes, que por la piel tan endurecida y acartonada por su exposición continua al sol, a la intemperie e incluso a la nieve, no presentaban edema alguno y les retiré los agujones que tenían clavados en el rostro con ayuda de unas pinzas; hubo alguno al que le conté i hasta 32 agujones! Si tenían dolores, no lo manifestaron y lo aguantaron con el estoicismo propio de estos hombres. Quiero resaltar la actuación de un capitán (hoy coronel retirado) y un teniente, que mantuvieron tal impavidez, que a pesar de haberse posado numerosas abejas en sus ropas y partes descubiertas de su cuerpo no sufrieron ninguna picadura.

Esta derrota producida por un enemigo tan pequeño, pero tan fiero, no figura (como he dicho antes) en los archivos del Ejército de África, pero los que la vivimos la conocemos como "La batalla de las abejas".

José María Gómez Montes